



AÑO I - No. 5 / NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2008

ORÍGENES Y EVOLUCIÓN DE LA ENSEÑANZA DEL PIANO EN CUBA

Por Leonardo Gell Fernández-Cueto
leopianista@yahoo.es

Cuba cuenta con un rico abanico musical que sin duda la distingue en el área caribeña y latinoamericana, en tanto confirma un espacio cada vez más importante a escala mundial. El piano, como instrumento fundamental e imprescindible desde los primeros acercamientos a ese arte, constituye uno de los pilares del patrimonio cultural de la Isla. Sus inicios se remontan al lejano 1816 cuando el pianista francés Juan Federico Edelmann, considerado el “padre de la pianística en Cuba”, inauguró la Academia Santa Cecilia. Durante esas primeras décadas del siglo XIX, pianistas de origen italiano y español radicaban en el país y, aunque no eran profesionales, sobresalieron y se dedicaron a la pedagogía. Algunos enseñaron en aquella institución y otros en sus residencias de manera informal.

Merecen reconocimiento especial Juan París, que residió en Santiago de Cuba, y Dolores Espadero, madre del más tarde célebre Nicolás Ruiz Espadero; además de José Miró, Maragliano y Marescotti, quienes antes de arribar a Cuba habían recibido estudios académicos en Europa. Asimismo, Manuel Saumell (en el recuadro a la izquierda) Pablo Desvernine y Fernando Arizti fueron alumnos a los que Edelmann indujo a introducirse en los secretos de la composición y, sobre todo, de la enseñanza. Arizti, que sería un gran continuador en la pedagogía del instrumento, y Desvernini, cursaron estudios en París, lo que avaló grandemente sus conocimientos. No así Saumell que por su condición social nunca salió de Cuba. De tal forma, este grupo de maestro-alumnos se podría considerar como la génesis de la pedagogía pianística cubana.



A lo largo de la segunda mitad decimonónica, coexistían en La Habana dos importantes generaciones pianísticas: los alumnos de Edelmann y los discípulos de estos a su vez, entre los que destacaron Nicolás Ruiz Espadero y Angelina Sicouret. Ellos formaron a otros pianistas como Gaspar Villate, Ernesto Edelmann, Ignacio Cervantes, Cecilia Arizti, Carlos Alfredo y Eduardo Peyrellade; mientras que en las ciudades más importantes del resto del país comenzaban a surgir pianistas que ocuparían un lugar prominente en el ambiente pedagógico-musical: Laureano Fuentes Pérez y Rafael Pascual Salcedo, en Santiago de Cuba; Catalina Berroa, en Trinidad; Clemente Peichler, en Camagüey y después en La Habana, al igual que Carlos Peyrellade. Pero no sería hasta Manuel Saumell e Ignacio Cervantes que se comienza a hablar de pianistas cubanos. No olvidemos que este último fue elogiado y admirado por importantes figuras como Gioacchino Rossini, Franz Liszt y Charles Gounod.

El movimiento nacionalista que se desarrolló en algunos países durante el siglo XIX tampoco fue ajeno a Cuba, que contó con la impronta de Saumell y Cervantes, quienes con sus *Contradanzas* y *Danzas* para piano lograron trascender el marco popular, convirtiéndolas en obras de concierto, al utilizar células rítmicas de la música popular cubana con un lenguaje y elaboración propios del Romanticismo europeo. Algo similar ocurre con Ernesto Lecuona en el siglo XX, paradigmática figura del arte musical cubano que constituye la síntesis de lo español y lo africano, llevados fundamentalmente a la música de concierto a través de sus obras para piano.

Con esta trilogía se gestaba una tradición enriquecida con la labor pedagógica que realizaron diversos conservatorios y profesores cubanos y extranjeros. Tal es el caso del holandés Hubert de Blanck que, luego de exitosas presentaciones internacionales, llegó a Cuba y en 1885 fundó un conservatorio con su nombre, primera institución de este tipo que de forma oficial se establece en la Isla, y que más tarde se denominó Conservatorio Nacional. De Blanck procura por primera vez un método científico para la enseñanza del instrumento; basado en su sólida formación académica en diferentes ciudades europeas y una amplia sabiduría pedagógica puesta en acción desde su cátedra de piano en el Collage of Music de New York. En su afán de tener lo más actualizado de la técnica pianística, invitó a profesores extranjeros a compartir su claustro y estimuló el trabajo de los estudiantes con la creación por primera vez en Cuba de concursos en este instrumento.

Luego, en las primeras décadas del pasado siglo, varios conservatorios privados fueron alcanzando prestigio, tales como el de Ramona Sicardó, Alberto Falcón, Carlos Alfredo Peyrellade, Benjamín Orbón, Fernando Carnicer y María Jones de Castro; los cuales contaban, generalmente, con academias incorporadas en otras regiones del país. El de esta última, nombrado Conservatorio Internacional –donde radica en la actualidad la Escuela Elemental de Música Manuel Saumell, en La Habana-, realizó una importante labor artística y docente, siendo escenario de conciertos y cursos académicos adonde acudían destacadas figuras nacionales y

extranjeras. Entre las materias contempladas en el programa de estudio del conservatorio se encontraba la anatomía del brazo, cumplimentando un fiel interés de su directora porque los alumnos conocieran el “aparato técnico” del pianista, apoyándose en famosos ortopédicos de la época. María Jones de Castro se preocupó también por crear un repertorio de música cubana para piano con fines pedagógicos, y es entonces que le encarga a su amigo, el destacado compositor Carlo Borbolla, lo que después se conocería como *Mis primeras síncopas* y las *Rítmicas Cubanas*: ciclos que fueron estrenados más tarde en el propio Conservatorio Internacional y que hasta nuestros días continúan vigentes en el repertorio de los estudiantes del país.

Asimismo, en 1903, Guillermo Tomás inauguró el Conservatorio Municipal de La Habana –hoy Conservatorio Amadeo Roldán-, institución pionera de la enseñanza gratuita y oficial en Cuba. Su claustro de profesores lo conformaron fundamentalmente los músicos de la Banda de Conciertos y en él no se imponían diferencias de raza, sexo o condición social.

El régimen político de la época no propició un desarrollo equitativo para todos los sectores de la población en cuanto a educación, en su sentido más amplio; y la pedagogía musical no estuvo aislada de ello. Muchos fueron los intentos de crear otras instituciones que brindaran a niños y jóvenes una verdadera y completa formación artística. En este sentido es loable la labor desempeñada por César Pérez Senenat y Amadeo Roldán, quienes realizaron esfuerzos por fundar y encaminar la Escuela Normal de Música de La Habana y el Conservatorio de la Filarmónica -que ayudaría a superar a los propios profesores que integraban dicha agrupación-. Sus propósitos principales eran “enseñar a cada alumno que ame la música y el arte. Hacer de cada artista un maestro”. En estas instituciones no se venderían los títulos profesionales, como tampoco se cobrarían los exámenes: atroces excesos que se veían a diario durante aquel período. Pero tuvieron una corta vida, al no contar con la validez académica que los amparara oficialmente, por lo que se vieron frustrados los intentos de lograr una cultura artística dirigida al público y pueblo en general.

También es de resaltar la labor realizada por la pianista Dulce María Serret que, luego de estudiar con Hubert de Blanck y perfeccionarse en París y Madrid donde desarrolló una carrera concertística, organizó la enseñanza del piano en la ciudad de Santiago de Cuba, a partir de 1927, al frente del Conservatorio Provincial de Oriente –hoy Conservatorio Esteban Salas-.

Sin embargo, a pesar de los caminos tomados y la proliferación de centros y profesores dedicados a la enseñanza pianística, no fue hasta después del triunfo revolucionario cubano de 1959 que la música dio un giro radical como parte de los cambios sociales que se iniciaron en la Isla. A partir de ese momento la educación tomó un papel primordial y junto a todas las medidas y transformaciones vio la luz, en 1962, la Escuela Nacional de Arte (ENA). A dicho centro, que contó en aquellos inicios con un claustro de profesores de gran calificación: Margot Díaz Dorticós, Margot Rojas y Ángela Quintana por sólo mencionar algunos; se sumaron las

Escuelas Vocacionales de Arte en todo el país y nuevos Conservatorios de Nivel Medio en algunas provincias.



Especial relevancia se le concede a Margot Rojas quien, luego de estudiar en los Estados Unidos con Alexander Lambert, un discípulo de Franz Liszt, consolidó su carrera como solista en Cuba, donde estrenó el Concierto Op. 18 de Serguei Rachmaninov y tocó a dos pianos junto a Ernesto Lecuona. Sin embargo, su desempeño más alabado fue como pedagoga, contando entre sus discípulos a pianistas y destacados profesionales que hoy son orgullo para la cultura nacional: Frank Fernández (en la foto), Jorge Luis Prats, Roberto Urbay, Ileana Bautista, Juan Piñera y María Felicia Pérez, entre muchos otros.

Este nuevo período histórico lograría un impulso decisivo para la enseñanza musical, que también se manifestó en otras esferas de la sociedad cubana, debido a los fuertes lazos de amistad con los países del campo socialista europeo. La colaboración permitió que llegaran importantes profesores, fundamentalmente soviéticos y polacos, diseminándose por todo el país en aras de elevar el nivel musical, y pianístico en particular, existente hasta el momento. Fueron estos maestros quienes crearon los primeros planes de estudios de manera centralizada para todas las instituciones de la enseñanza musical. Paralelamente, muchos jóvenes recibieron becas de estudios superiores en conservatorios de la entonces Unión Soviética, Polonia, Hungría y Checoslovaquia; lo que contribuyó a formar a los futuros profesores e instrumentistas en algunas de las más destacadas escuelas pianísticas del momento. Nombres como los de Cecilio Tieles, Carelia Escalante, Silvio Rodríguez Cárdenas, Hilda Melis, Nancy Casanova, Jorge Gómez Labraña y Raúl Iglesias, se fueron ampliando con los de Frank Fernández, Ninowska Fernández-Britto y Teresita Junco.

Para ese entonces se habían creado dos niveles en la enseñanza del piano: el elemental, con 7 años de estudio, y el medio de 4 años; sumándosele luego el nivel superior -que en nuestros días consta de 5 años para obtener la Licenciatura- tras fundarse en 1976 el Instituto Superior de Arte (ISA), primer centro, y único hasta el momento, que imparte la enseñanza superior de la música en el país. Incluso, después de creada la nueva universidad, muchos jóvenes con excelente trayectoria estudiantil o que simplemente se presentaban por examen de oposición, recibieron becas y cursos de perfeccionamiento en los mismos conservatorios europeos: Ileana Bautista, Roberto Urbay, Andrés Alén, Olga Valiente, María Teresa Pita, Antonio Carbonell, Ignacio Pacheco, Ulises Hernández y Jorge Luis Prats.

Ya en 1981 el ISA graduó a los primeros músicos formados netamente en Cuba, mientras iban tomando auge los concursos internacionales. Por tradición sus ganadores eran pianistas europeos, en su mayoría soviéticos; en tanto se consolidaban otras poderosas escuelas en Francia, Austria, Alemania, Italia y los Estados Unidos, que llegaron a proclamarse luego de los triunfos de sus discípulos en certámenes de este tipo. Pero Cuba, que se nutría principalmente de la poderosa escuela rusa, tenía pianistas-profesores capacitados para ascender en aquellos certámenes a través de la participación de sus alumnos: un escalón de mayor compromiso y envergadura.

Hasta entonces Ignacio Cervantes, José Manuel Lico Jiménez, Ivette Hernández, Cecilio Tiele, Frank Fernández y otros pianistas, habían sido acreedores de lauros a nivel internacional. Pero, hacia la década de 1980, Cuba motivó impresionantes asombros al mundo cuando pianistas egresados de sus escuelas conquistaron importantes premios en certámenes realizados fuera de la Isla.

El maestro Frank Fernández es reconocido como el primer pedagogo que aportó con sus alumnos los primeros premios internacionales logrados por pianistas cubanos que no habían estudiado en conservatorios de Europa y los Estados Unidos. Podríamos tener en cuenta el deslumbrante éxito de Jorge Luis Prats cuando, en 1977, conquistó el Gran Premio y los Premios Cherrillón Bonnard, Mohan y Maurice Ravel en el Concurso Margarite Long, de París, tras graduarse de nivel medio en la ENA. También Víctor Rodríguez cuando obtuvo, en 1981, el Segundo Premio del Concurso Teresa Carreño, de Venezuela, y el Sexto Premio y el Premio Especial a la Maestría Artística en el Concurso Piotr Ilich Tchaikovski, de Moscú, en 1986; así como otros lauros alcanzados por Leonel Morales en el Manresa, de España, y el Teresa Carreño, de Venezuela; y Rodolfo Argudín en el Montreux, de Suiza, por sólo mencionar algunos.

Considerada una de las piezas fundamentales de la pedagogía cubana, la maestra Teresita Junco desarrolló simultáneamente una importante labor pedagógica que sigue regalando numerosos triunfos alcanzados por sus discípulos: Elizabeth Caro, Ivet Frontela y Madarys Morgan, en España; Sandra Fonte, en Italia y Andorra; Gabriel Urgell, en Italia, España y Francia; Alexis Feo y Willanny Darias, en los Estados Unidos; Sergio Rodríguez, en Venezuela; Leonardo Gell y Marcos Madrigal, en Costa Rica, este último también en Panamá; y Harold López-Nussa, en Suiza.

Otros profesores como Esther Ferrer, Jorge Gómez Labraña, Silvio Rodríguez Cárdenas, Cecilio Tiele, César López, Ninowska Fernández-Britto, Alicia Perea, Hortensia Upmann, Danae Ulacia, María Teresa Pita, Mercedes Estévez, Andrea Mesa, Bárbara Díaz Alea, Silvia Echevarría, Hilda Melis, Andrés Alén, Teresita Irañeta, Viera Ulaskievich, Isabel Clavera, María Caridad Valdés, Rita María Vega, Mirian Valdés, Mirian Cruz, Rosalía Capote, María Dolores Novás, Ulises Hernández, Víctor Rodríguez, Roberto Urbay, Ileana Bautista –la lista sería inmensa– han contribuido también durante décadas al fortalecimiento y despliegue de la enseñanza pianística en Cuba con ordenadores gratificantes en distintas etapas de la segunda mitad del pasado siglo.

La Comisión Nacional de Especialistas de Piano y el Consejo Científico Metodológico, hoy bajo la guía de Teresita Junco, fueron algunos de los mecanismos surgidos con el afán de elaborar y renovar los planes de estudio, bases y convocatorias de concursos. Al calor surgieron los seminarios nacionales que ayudaron de manera decisiva a la superación constante de los profesores, considerados como ente principal en el engranaje pedagógico a decir de Teresita: "...no hay plan ni programa [de estudio] en el mundo que resuelva y sustituya al trabajo del profesor; su capacidad y su talento es lo que determina..."

Paralelamente, y por iniciativa de la ENA y el Centro Nacional de Escuelas de Arte, La Habana fue sede de los Encuentros Iberoamericanos de Profesores y Estudiantes de Música, los cuales ofrecían una muy atractiva programación de conferencias, clases magistrales y conciertos a cargo de especialistas cubanos y de la región; sumándosele desde 1996 el Concurso Iberoamericano de Piano que en sus cuatro ediciones reunió a más de un centenar de intérpretes noveles.

Como se sabe, la confrontación profesional siempre ha sido motivo de superación y aprendizaje. El piano cubano necesitaba de un concurso internacional que sirviera de escenario a intérpretes de otras latitudes, de forma tal que el país se insertara entre las plazas que ya contaban con un evento de esta magnitud. Si bien los esfuerzos anteriormente citados ayudaron a enriquecer el ambiente pianístico en el país y sirvieron para mostrar el trabajo desde las edades tempranas, no eran suficientes para cubrir las necesidades y deseos de los profesionales cubanos. Es entonces que irrumpe, para beneplácito y orgullo, el Concurso y Festival Internacional de Piano Ignacio Cervantes organizado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y liderado por el pianista Víctor Rodríguez.

El Cervantes, como habitualmente le llamamos, cuenta ya con cuatro ediciones que han atrapado la atención de pianistas de América, Europa, Asia y Australia; siendo los anfitriones cubanos motivo de admiración para los visitantes extranjeros. Gabriel Urgell, Ivet Frontela, Javier González, Patricio Malcolm, Marcos Madrigal, Madarys Morgan, Leonardo Pérez Reyna y Fidel Leal han representado en este evento el trabajo reciente de la enseñanza cubana al obtener numerosos premios en dicho certamen. No sería justo dejar de mencionar a Aldo López-Gavilán Junco, quizás el más ponderado internacionalmente entre los jóvenes pianistas cubanos, siendo merecedor de numerosos lauros en Cuba, Venezuela, Italia, Holanda, España e Inglaterra.

Por otra parte, Cuba cuenta en la actualidad con una novísima generación de niños que rondan los quince años y que han impresionado por su madurez, dominio y virtuosismo ante el instrumento; y aunque su talento ha conquistado la admiración de públicos y especialistas trascendiendo el marco nacional, más importante aún es el verdadero tesoro que constituyen. No temo al asegurar que marcarán muy pronto un hito en la educación y la historia del piano en Cuba, de hecho ya lo están haciendo con sus entregas diarias. Entre ellos vale mencionar a Willanny Darias, Marlon Bordas, Daniel Rodríguez, Jorge Emilio González y Francis

Santiago. El maestro Jorge Luis Prats, al escucharlos en la última edición del Concurso Iberoamericano de La Habana, propuso escribir un libro que narrara los asombrosos logros que está dando la enseñanza del nivel elemental en nuestro país. Ello garantizaría la saludable continuidad de una escuela que se consolida como única en países del tercer mundo.

Mucho más pudiera hablarse acerca del papel que juega la enseñanza y el ejercicio del piano en Cuba, sus resultados, asperezas y perspectivas futuras; quizás ése sea el tema para otro discurso o tal vez valorar lo que muchos especialistas temen asegurar: si existe o no una Escuela Cubana de Piano. Considero que mucho se ha hecho y más aún falta por hacer, lo que no se puede negar es que la enseñanza del piano constituye orgullo para la nación cubana.

FUENTES CONSULTADAS

Alén, Andrés. *¿Escuela Cubana de Piano?* Revista Clave, 2002.

Henández, Ulises. *La escuela pianística en Cuba.* Revista Clave, 2004

_____ Entrevista personal con el autor, 2008.

Irañeta, Teresita. *Un piano que crece.* Revista Clave, 1987.

Hernández, Claudina. *María Jones de Castro en la historia de un viejo castillo* Revista Clave, 2005.

Enríquez, María Antonieta y Piñeiro Díaz, José. *Amadeo Roldán/Testimonios.* Editorial Letras Cubanas, 2001.

Como citar este artículo:

GELL FERNÁNDEZ-CUETO, Leonardo: *“Orígenes y evolución de la enseñanza del piano en Cuba”, en LA RETRETA, AÑO I, N° 5, Noviembre-Diciembre, San José de Costa Rica, 2008, ISSN: 1659-3510.*